

LA CANCIÓN que se transcribe a continuación nos narra la historia de amor entre una de las poetisas más populares de al-Andalus, la princesa Wallada, y su amante, el poeta Ibn Zaydún.

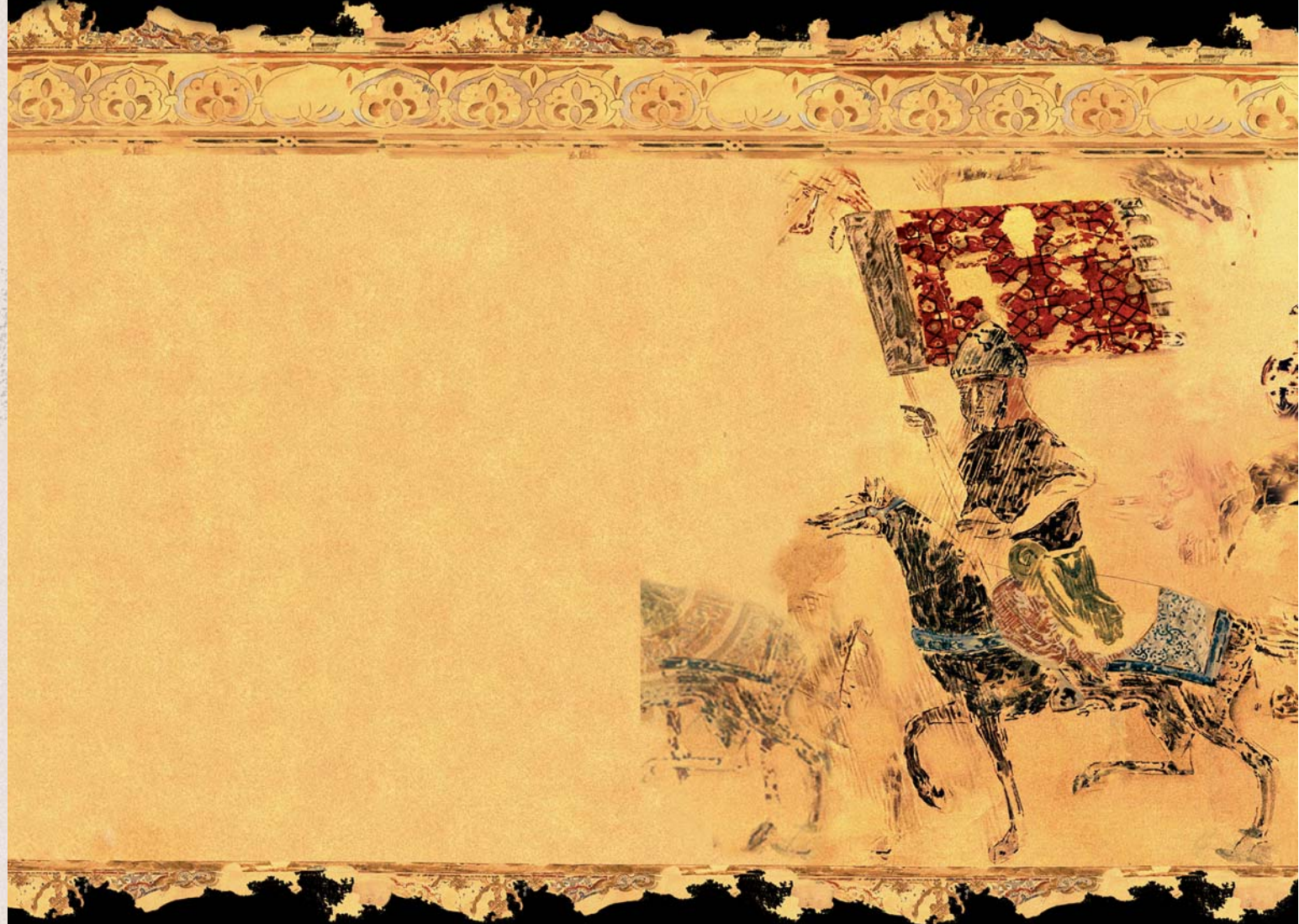
*Tras la separación, ¿habrá medio de reunirnos?
¡Ay! Los amantes se quejan todos de sus penas.
Paso las horas de la cita en el invierno
sobre las ascuas ardientes del deseo,
y cómo no, si estamos separados.
¡Qué pronto me ha traído el destino
lo que temía!
Mas las noches pasan y la separación
no se termina,
Ni la paciencia me libera de los grilletes
de la añoranza.
¡Que Dios riegue la tierra que sea tu morada
con lluvias abundantes y copiosas!*

(LA SEPARACIÓN. WALLADA)

*¡Oh, noche, alárgate! No siento tu brevedad
más que cuando estoy con ella.
Si tuviera la luna esta noche conmigo
no estaría yo ahora acompañando
a la luna de la noche.
¡Oh, noche! Cuéntale
que yo gozo con los recuerdos que
de ella me traes.
Por Dios, dime, ¿me ha sido fiel?
Y me contestó: "No, te ha traicionado".*

(DIÁLOGO EN LA NOCHE. IBN ZAYDÚN)

Los castillos de ال-أندلس



Obra Social
Fundación "la Caixa"



Obra Social
Fundación "la Caixa"

EN EL AÑO 711 diversos contingentes musulmanes llegaron a la Península Ibérica a través del estrecho de Gibraltar. La invasión del territorio y el nuevo orbe establecido supusieron una ruptura con el sistema anterior. Las tierras peninsulares pasaron a formar parte de un imperio que se extendía desde el Océano Índico hasta el Atlántico. Fueron gobernadas, como provincia de la demarcación norteafricana de Ifriqiyya, por valíes que actuaban como delegados del califa de Damasco.

Los sucesivos gobiernos del territorio de al-Andalus se asentaron sobre un mosaico formado por las difíciles relaciones entre clanes y familias de las distintas etnias, cuyas diferencias sociales y culturales dieron como consecuencia constantes luchas tribales.

La amalgama cultural, religiosa y social caracterizó la vida cotidiana andalusí entre los siglos VIII y XV. Su legado ha llegado hasta nuestros días a través del lenguaje, la música, la poesía, la gastronomía, la cultura material, la arquitectura y el urbanismo de muchos pueblos y ciudades.

LOS CASTILLOS se nos presentan como entes o conjuntos autónomos que presiden el territorio y le transmiten su carácter. Son un símbolo de unión entre el conjunto arquitectónico, que representa el poder, el territorio y las gentes que lo pueblan.

Su presencia nos describe el cambio y la constante evolución de las fortalezas, presente en su terminología, en su funcionalidad y en su arquitectura. Una evolución que va unida al discurrir de los años, de las gentes y sus tradiciones; a la búsqueda y aplicación de conocimientos técnicos y científicos, y a la adaptación al territorio y a sus sistemas ecológicos.



Maqueta en la que se muestra la construcción de una torre de planta circular.

LA GUERRA en al-Andalus fue mucho más que un conflicto entre musulmanes y cristianos. La lucha por el poder abarcó a gentes de distintos pueblos, culturas y religiones, pero también a miembros de una misma etnia, de una misma familia y de una misma religión.

Las tácticas, los ingenios y el armamento utilizados fueron el fruto de la experiencia y la amalgama cultural y étnica, convirtiendo a la guerra en uno de los campos más innovadores y ágiles en la aplicación de nuevos recursos y tecnologías.



Yelmo inspirado en el original procedente del Instituto Valencia de D. Juan de Madrid.

LA VIDA COTIDIANA. Los castillos gozaron de una vida plena e intensa, en todos los sentidos. Más allá de sus funciones defensivas, la vida de sus moradores era rica en múltiples facetas. Las tareas de gobierno, propias del soberano y sus consejeros, el afán de conocimiento, el ocio y la familia, fueron algunas de las actividades desarrolladas a lo largo del día, en las que tanto el hombre como la mujer ocupaban ámbitos muy determinados.



Mujeres conversando.